



LA CRISIS

Carlos Guillermo
Navarro

LA CRISIS

Carlos Guillermo Navarro

LA CRISIS

© Carlos Guillermo Navarro Rodríguez

<https://www.carlosguillermonavarro.com/>

ISBN: 9798807639615

Sello: Independently published

Maquetación: A.G.V.

Publicación: KDP-Amazon

*Me libré de los templos: sonreídme,
donde me consumía con tristeza de lámpara
encerrado en el poco aire de los sagrarios.*

Miguel Hernández

I

Cuando años atrás Julián se empeñó en no estudiar, la moral eclesiástica y social era bastante similar a las vicisitudes por las que había recorrido en el pasado. El muchacho consiguió acomodarse en su pueblo sin necesidad de doctorarse, obteniendo una colocación aceptable. El desligarse de la actuación académica no se acogió en principio bien en la familia, aunque luego se aceptó, considerando el trabajo en una oficina como un acierto.

Formaba parte Julián de una de las familias de alcurnia en su localidad. Su grandeza familiar consistía en la santificación, por lo que se la conocía por ser

exponente de una religiosidad exagerada y a la que se la admiraba en su clase social.

La hermana de Julián, Elisa, no se integraba en el círculo de sus compañeras a causa de su aislamiento, cuya razón venía de su mística acentuada y de centrarse sobremanera y exclusivamente en el ámbito parental.

Sus amigas le habían comentado en su mocedad que disfrutase de cualquier cosa existente, aunque fuera algo mínimo. Pero al cabo de los veinte años le embargaba una tremenda timidez. La muchacha rompió su núcleo colectivo de sus salidas a la calle y abandonó los noviazgos que a esas edades se persiguen prematuramente. Había perdido sus oportunidades, y no porque no las tuviese, sino porque se la destinó a una empresa superior. Elisa se había consagrado al espíritu del más allá desde que don Pedro, el párroco, le inculcó el respeto a Dios y la devoción a los santos.

A Julián se le veía a menudo en sus correrías callejeras cuando asistía al cine para ver una película o en los calurosos días del verano donde acostumbraba a tomar el aire libre. Y de sopetón, sin previo aviso, llegaba la muerte, el infortunio y la soledad. El fallecimiento de sus padres constituyó un desgraciado trance que dejó desamparados a los hermanos.

—Y ahora que haré —preguntó Elisa a Don Pedro.

—Ten valor, hija —respondió el párroco—. La resignación es el Don máspreciado por Dios, y hay que aprovechar las oportunidades que se nos brindan para estar a bien con Él. Las ocasiones son escasas, y es necesario demostrar que no flaqueamos ante las adversidades.

—¡Ay, padre, usted sabe cuánto sufro!

—Lo sé, hija mía, pero observa a tu hermano que padeciendo lo mismo, se resigna.

—Yo soy más débil.

Elisa comenzó a llorar y don Pedro se apartó sospechando que en su soledad se consolaría.

Julián siguió la costumbre de los pueblos donde son los hombres y no las mujeres los que acompañan a los fallecidos hasta el cementerio. Elisa quedó en su casa custodiada por amigas, y el desánimo la inundó con las sombras de la noche.

Don Pedro, que hacía un lustro que regentaba una de las parroquias del pueblo, se había encargado de la sacrosanta Elisa. Y por su preocupación también se había embellecido el retablo de la iglesia y se había levantado con su ayuda un colegio de párvulos fundado como una institución benéfica. Las maldicientes lenguas fomentaban que actuaba así para salvar su alma, y los

que menos le querían, aseguraban que estaba condenado porque a escondidas en el colegio hacía cosas indignas.

Era hombre enérgico que encauzaba a los parroquianos con sus catequesis. La gente influyente le profesaba un elevado reconocimiento, y Elisa le había entregado su alma, que era lo más valioso que atesoraba. El párroco correspondía a la mujer dándole consejos, y ésta se dejaba guiar por su religiosidad.

En el confesionario Elisa se entregaba al sacerdote y nunca soslayaba un insignificante acto pecaminoso, sino que los confesaba en su totalidad para que don Pedro tuviese una noción completa de su vida. Elisa se mostraba reservada, enrejada en su propia casa, y a los ojos del párroco aparecía con suficientes méritos como las santas monjas de clausuras que habían realizado voto de castidad. Don Pedro era el asesor oficial en materia religiosa, y su misticismo recaía sobre las personas en particular y la comunidad en general,

intentando crear con ello una conciencia colectiva. A tenor de lo expuesto, Elisa era a la que más influía.

La muchacha no llegaba a descifrar ciertas verdades divinas, y eso la inquietó durante algunos meses e intentó indagarlas, hasta que don Pedro, cansado de aquel galimatías, le ordenó con el ímpetu que le caracterizaba, “basta ya, mujer, no hay causa para que le des más crédito a tus dudas pasajeras que a mis palabras”. Elisa, sumisa sierva del sacerdote, obedeció.

Don Pedro acostumbraba a ir por las tardes a las casas de los más fervientes parroquianos. Unas visitas de rigor que en determinados casos no despertaban acogidas cordiales. Percibió el cura esta falta de sintonía, y a partir de entonces visitó a los feligreses que en su consideración estaban preparados para recibir su adoctrinamiento.

Elisa y Julián se deshacían en atenciones con el sacerdote, y éste se personaba en su casa porque se hallaba a

gusto. Pasaba largos ratos de charlas que versaban sobre los misterios de la fe y sobre el fútbol.

A días de los fallecimientos, cuando se marchó don Pedro después de una de las visitas, Elisa se refugió en su cuarto. No quería estar con nadie.

“Ha sido un golpe muy fuerte”, opinó alguien.

“Dejadla que llore”.

“Qué se desahogue”.

“Flaqueza de carácter, ¡pobre mujer!”.

Así Julián fue quien atendió a los asistentes.

Un amigo de la familia, Octavio, había sufrido con Elisa lo que un señor cuarentón padece por una joven bonita en estos pueblos cuando no le corresponde, porque lo único que consiguió fue desapego de la interesada. Hombre poco lanzado, no supo competir con la

religiosidad de nuestra heroína, y ella le desbordó con su inquebrantable fe, quedando herido en su amor propio.

Octavio se le declaró en un momento inadecuado, cuando Elisa se orientaba hacia la senda de la virtud a sus 19 años, en plena inconsciencia y conducida por la mano experta del sacerdote que la santificaba. El deshielo se produjo por la insistencia de Octavio, que no comprendió que lo que más adoraba en ella, que era su virtud, se convertía en su peor enemigo.

Cuando Octavio conoció a Elisa tenía una posición envidiable y hubiera sido el partido adecuado para haberse comprometido, pero remisa la joven en su hacer, y dando las gracias de antemano, había sobrepasado el apuro, desistido y herido en lo más profundo. Desde aquel instante, Octavio, rehecho, se había resignado a su soltería, permaneció en amistad con ella y con el propósito de olvidar.